



EL SUEÑO DE LA TIERRA¹

The Dream of the Earth por Thomas Berry (San Francisco: Sierra Club Books, 1990).

Mary Judith Ress*

Este libro es una llamada a nosotras a darnos cuenta del daño que la humanidad ha hecho al universo y la urgencia a "redescubrir lo que los indígenas siempre sabían y que nosotras también intuíamos: que la comunidad de la tierra es una dimensión más profunda de nuestra/o ser".

Escrito por un sacerdote de 77 años que se autodefine como un "geo-teólogo", este libro es, en la opinión de algunos, uno de los 10 libros más importantes de este siglo. Usando un lenguaje claro pero cósmico, el autor comparte una nueva visión de quienes somos como especie humana en relación al universo.

Berry ha dedicado toda su vida al estudio de la condición humana; como historiador cultural es un reconocido experto en las civilizaciones medieval y moderna de Europa, la India, Japón y China; también es estudioso de las tradiciones indígenas de América del Norte. Ha estudiado las ciencias biológicas, la astronomía y la física. Y ahora, se presenta como sabio, un "shamán", para compartir con nosotras un nuevo "relato" de nuestros orígenes, una nueva cosmología que puede salvarnos del peligro de suicidarnos como especie humana.

Según Berry, para todos los pueblos, su relato de origen sobre el universo y el papel humano dentro de este universo es la fuente principal de todos sus valores. Sin este relato,

¹ La reseña del libro "El sueño de la tierra", de Thomas Berry, fue enviada por la autora Mary Judith Ress para su publicación en esta edición de la revista Coisas do Gênero, cuyo tema central es "Tierra – Pan – Paz: Teología Ecofeminista y Justicia Socioambiental". El texto original se publicó en 1992 en la revista Conspirando, p. 44-50. Texto disponible en: <https://conspirando.cl/wp-content/uploads/2016/05/Revista-Con-spirando-01-marzo-1992.compressed.pdf>. En diciembre de 2025, Simbiosis Ediciones publicó la traducción al español del libro "El sueño de la tierra", realizada por Maruja González. Acceso a otras ediciones de la Revista Conspirando están disponibles en: <https://conspirando.cl/revistas-con-spirando/>.

* Mary Judith Ress es una misionera laica de Mary Knoll que vive y trabaja en Santiago de Chile. Doctora en Teología, Máster en Política Económica y en Lengua Española y Literatura, teóloga ecofeminista. E-mail: judyress@yahoo.com

ningún pueblo puede sobrevivir. Solamente por medio de un relato es posible para los seres humanos apreciar el sentido de su vida y tener la energía psíquica para enfrentar los momentos de crisis. Este "relato de orígenes" constituye la base para todos los ritos de iniciación que existen en el mundo, porque nos introduce a lo sagrado, a lo misterioso, (en la tradición cristiana, este relato se repite cada Vigilia de la Pascua, que es la celebración litúrgica más solemne del año).

La crisis más profunda que un pueblo puede sufrir es un momento de cambio en que su relato de orígenes deja de ser suficientemente coherente para ayudarlo a sobrevivir. Según Berry, actualmente estamos enfrentando una crisis de tales proporciones.

Nuestro relato ya no nos sirve. Tanto el capitalismo como el socialismo han estado totalmente comprometidos con la visión del "progreso" que, más que cualquier otro factor, es la causa de la creciente destrucción de nuestro planeta. Para Berry, la suprema ironía es que el colapso de nuestros sistemas de vida está ocurriendo en el nombre del "progreso" — de nuestro supuesto compromiso de mejorar la condición humana.

Pero Berry está convencido de que una nueva visión está surgiendo, y nos guiará hacia un futuro más creativo; está naciendo una nueva era, una época de relaciones mutuas más íntimas entre la especie humana y la comunidad de la tierra. Estamos al punto de redescubrir lo que los indígenas siempre sabían y que nosotras también intuíamos: que la comunidad de la tierra es una dimensión más profunda de nuestra ser. Tenemos que escuchar el relato de esta comunidad. Según Berry, ha llegado el momento de escucharlo o morir.

El gran abrazo del universo

"El universo es tan fantástico, con sus galaxias que dan vuelta, sus supernovas, nuestro sistema solar, y este planeta privilegiado. Y todo esto está mantenido por la curvatura inmensa del espacio," dice Berry. Esta curvatura es como un gran "abrazo" que es suficientemente fuerte para mantener todo junto pero suficientemente suave para permitir la continua expansión creativa hacia el futuro. Nosotras mismas somos la maravilla más reciente del universo; somos una expresión muy especial de este gran abrazo del universo mismo. Tenemos que recordar que la comunidad planetaria en su totalidad es abrazada por esta curvatura compasiva. Esta curvatura, este abrazo, va encontrando su expresión primordial en la cohesión física del universo y luego en el proceso viviente de la tierra, y encuentra su más íntima expresión en el pensamiento y el afecto humano.

"Estamos regresando a nuestro lugar de origen después de una ausencia muy larga," dice Berry. Estamos redescubriendo nuestra hermandad con la comunidad de la tierra. Es como si hubiésemos despertado de un largo estupor; fuimos hipnotizados, fascinados con el "progreso," con el mundo de la industria, con la tecnología moderna. Hemos perdido nuestro

sentido de cortesía hacia la comunidad de la tierra, nuestro sentido de agradecimiento, de reverencia ante la presencia de algo sagrado.

Por lo general, cuando pensamos en la naturaleza, pensamos en recursos para el desarrollo económico, o en sitios de recreo, o en lugares muy conocidos por su belleza. Todas estas actitudes son legítimas, pero también son muy triviales. Si fuéramos realmente conmovidas por la belleza de la tierra que nos rodea, dice Berry, la respetaríamos y la querríamos profundamente. Entenderíamos, inmediatamente, y rechazaríamos con horror todas esas actividades que violan la integridad del planeta. El hecho de que no hemos actuado así revela que estamos realmente enfermos como especie humana. Esta es una patología sin precedentes, y no solamente está presente en nuestra actividad económica sino que está profundamente enraizada en nuestras tradiciones religiosas y culturales, en nuestro lenguaje, en nuestros sistemas de valores.

Aún así, por muchos años, la comunidad de la tierra ha podido sobrevivir porque nuestro poder era limitado. Pero ahora hemos desarrollado la capacidad de cambiar una de las leyes biológicas fundamentales: que cada forma de vida tiene otras formas de vida o condiciones que limitan su expansión para que no haya una sola forma de vida que exclusivamente pueda sofocar a las otras. El poder de nuestras tecnologías es ahora de tanta magnitud que la naturaleza ya no tiene la capacidad de detenernos en lo que decidimos hacer, no importa si achicamos el esplendor, el vigor, la variedad de la comunidad de la tierra.

Se dice que si seguimos actuando como "dueños" de la tierra, antes del año 2.000 destruiremos 1.5 millones de las 5 a 10 millones especies que existen. La extinción es un concepto difícil de comprender: es un acto absoluto y final. Una especie extinta desaparece para siempre y perdemos una espléndida e íntima revelación de la presencia divina.

Nosotras, la especie humana, somos las últimas que hemos aparecido en el universo -- luego de 15 mil millones de años de desarrollo. Somos literalmente "nacidas ayer." Tenemos que presentarnos al planeta como el planeta se presenta a nosotras, abriéndonos a él, en vez de querer dominarlo.

Si queremos sobrevivir como especie tenemos que identificarnos con el proceso cósmico. Aquí Berry es optimista; para él, la intensidad de nuestra búsqueda para entender la estructura del universo y del planeta revela nuestro encanto con el cosmos. Somos constantemente llevadas hacia una reverencia frente a lo misterioso y lo mágico de la tierra y el universo; acá hay una fuerza que nos saca de nuestro antropocentrismo hacia un contexto más grande y más veraz.

Justamente es la ciencia, que ha traído en gran parte la crisis que estamos enfrentando, la que ahora nos presenta una nueva "revelación" de quienes somos. Los científicos muestran lo que muchas de nosotras sabemos intuitivamente: la tierra es un organismo vivo; es una sola

realidad orgánica. Su verdadero nombre ha sido y es "Gaia" -- Madre Tierra. Según Berry, la tierra ha entrado en una nueva época con la aparición del ser humano: somos la tierra consciente de si misma. Este es el riesgo más grande que ha corrido la tierra hasta la fecha: confiar su destino a la decisión humana, dar a la comunidad humana el poder de vida o muerte sobre sus sistemas de vida.

El "re-encanto" de la tierra —reconociéndola como un ser viviente— es clave si vamos a salvar nuestro hogar de la destrucción que nosotras mismas estamos causando. Para hacer esta tarea, tenemos que "re-inventar" lo que significa ser "humana"; nuestro gran pecado ha sido no creer que somos una especie en comunidad con las otras especies de la tierra.

Estamos "adictas" al mito del progreso sin fin. Esta adicción es una profunda patología cultural que no permite el cambio necesario porque siempre existe la esperanza de que por lo menos "yo" voy a sobrevivir. Cualquier sanación tiene que pasar por el proceso de "dejar de una vez y para siempre" nuestra adicción al progreso; pero este proceso solamente puede comenzar si tenemos un nuevo mito, un nuevo "relato de orígenes" para darnos fuerza para hacer los meta-cambios que tenemos que hacer si queremos sobrevivir como especie.

La emergente "edad ecológica"

Berry nos llama a una nueva "edad ecológica," marcada por un entendimiento mucho más profundo de cómo funciona nuestro planeta. Nos re-encontraremos con los arquetipos más profundos de nuestro ser: La Gran Madre, fuente de unidad orgánica y del poder creativo de la tierra; el Gran Camino, el proceso evolutivo por el cual cada forma de vida debe encontrarse con su identidad y su rol específico en el drama del universo; la Mandala, símbolo de la relación de todo con todo en un universo omnicéntrico; el Árbol de la Vida, organismo complejo de raíces, tronco, ramas, hojas que simboliza la coherencia y eficiencia de todo el cosmos. Si reincorporamos estos símbolos antiguos dentro de nuestra psique, tendremos la energía y la fuerza que sería necesaria para nuestra renovación, para crear la "edad ecológica."

De hecho, la tarea de convertirnos hacia una "edad ecológica" es enorme; compromete a cada miembro de la comunidad humana, no importa donde viva, en que trabaje, a qué grupo étnico pertenezca o qué edad una tenga. En esta tarea todas somos iguales frente al gran llamado a reinsertarnos como especie dentro de los sistemas de vida de la tierra. Y la tarea no es simplemente nuestra sobrevivencia física, sino dejar de estar tan aisladas como especie y redescubrir lo que significa ser "humano/a"; significa vivir en una comunión muy profunda con el universo y con cada una de nuestra especie. Esta visión no es simplemente utópica; es un mandato si vamos a salvarnos. Fuera del bienestar de la tierra, ningún especie puede sobrevivir.

Los orígenes del desastre ecológico

¿Cómo hemos llegado al punto de poder destruir la vida de nuestro terruño? Ha sido un proceso muy lento en el cual ha ido cambiando paulatinamente nuestra conciencia humana. Para entender este cambio tenemos que regresar a los orígenes del desarrollo de la conciencia misma. En el principio, nuestra identidad ha estado identificada con nuestra experiencia del misterio; nuestras más profundas convicciones seguramente han surgido de este contacto con el misterio desde donde el universo mismo ha venido. Cuando vivimos en la época de las tribus, nuestro mundo estaba dominado por los símbolos psíquicos donde la vida era impulsada hacia una comunión con la naturaleza. Nos hemos sentido sostenidas por una presencia cósmica que nos dio una gran seguridad. En este período nacieron las divinidades en nuestra conciencia como símbolos de estas hondas experiencias que emergieron desde los procesos mismos de la tierra. Primero, estas experiencias estaban presentes solamente en nuestra subconsciencia; con el correr de los milenios, surgen en nuestra conciencia, y finalmente hemos podido expresarlas con lenguaje, rito, danza, canto, arte. Durante nuestra vida como especie, las divinidades han cambiado de nombre, pero lo que representan sigue siendo una fuente primordial de poder que sigue escondida dentro de la dinámica de la tierra, del universo y dentro de los arquetipos misteriosos que siguen escondidos en la profundidad de la subconsciencia humana.

Solamente recién, en los siglos 16 y 17 -- época de la Ilustración y la Edad de la Revolución Científica, hemos descubierto que podríamos entender y controlar los sistemas de vida del planeta; nosotras podríamos usar las fuerzas físicas dentro del universo para nuestro propio bienestar. Se acelera y profundiza la pérdida de la experiencia de comunión sagrada con la tierra y en su lugar tenemos nuestro sentido de soberbia y poder que nos hace ver que nosotras podríamos dominar la naturaleza; aún mas: la naturaleza estaba hecha para ser dominada por la humanidad.

Las tres "reglas" del universo

Hay tres reglas fundamentales que han gobernado el universo desde la explosión primaria hace 15 mil millones de años. Estas reglas, que siempre hemos conocido intuitivamente, ahora son conocidas empíricamente por la ciencia. Ellas son:

- 1) La diferenciación: es la expresión primordial del universo. Es un proceso evolutivo en que cada articulación es única--y no se repite. Con la evolución cada nueva materia es más y más compleja.



- 2) La interioridad: Desde la formación del primer átomo hasta la formación del cerebro humano, esta complejidad ha sido acompañada por una evolución psíquica, una capacidad cada vez más grande para una interioridad que busca la unión.
- 3) La comunión: Cada realidad dentro del universo está en comunión con cada otra realidad y con todas las realidades. La ciencia ahora confirma lo que nuestras antepasadas sabían instintivamente: el universo es un solo fenómeno, un solo sistema de energía, aunque tiene muchas formas.

Tenemos que apreciar estas tres "reglas" dentro de cada forma de vida; solamente una visión así sería adecuada para mantener y nutrir el compromiso necesario para salir de la violencia, la explotación, la manipulación que está amenazando destruir nuestro planeta. Tenemos que escuchar y responder a las exigencias que vienen de la misma energía que mantiene las estrellas en sus galaxias, que ha formado la tierra bajo nuestros pies. Tenemos que confiar en estas fuerzas que han guiado nuestra evolución hasta el momento, porque últimamente lo que estamos buscando es cómo entender y responder a las energías psíquicas que están escondidas dentro de la estructura misma de la realidad en sí.

El "nuevo relato"

En este momento, la especie humana está en transición. Estamos "entre dos relatos; nuestra cosmología vigente no nos dice como debemos usar todos nuestros nuevos conocimientos y técnicas científicas. No entendemos cómo debemos entender estos conocimientos para descubrir un nuevo relato del universo," dice Berry. Más aún, para Berry, la tragedia más grande es que nuestros supuestos "guías religiosos" no se han dado cuenta que necesitamos un nuevo relato, que el antiguo relato de nuestros orígenes no nos sirve, no nos dice quiénes somos.

Aún más, nuestras tradiciones religiosas nos han dado el contexto filosófico y teológico para destruir la tierra. Según Berry, hay cuatro razones para esta tragedia: primero, nuestra creencia en una divinidad trascendente en relación al mundo natural; así, negamos la naturaleza como el lugar del encuentro con lo sagrado y la relegamos a un objeto aparte de nosotras. Segundo, nuestra creencia de que los seres humanos somos seres espirituales con un destino que está más allá de los otros seres vivos. Esta supuesta "elevación" nos ha aislado de nuestro único contexto donde podemos encontrar el sentido de la vida. Tercero, durante los últimos dos siglos, una visión mecánica de la naturaleza nos ha convencido de que la naturaleza contiene "recursos" para nuestro uso exclusivo. Cuarto, nuestra búsqueda de una época utópica de paz, justicia y abundancia -- el "reino de dios" -- nos ha llevado a pensar que todo lo que existe en su estado natural tiene que ser redimido, transformado porque es imperfecto. Con esta mentalidad,

nos damos el permiso necesario para sacar las riquezas de la tierra y transformarlas en "productos" para consumir. Este, según Berry, es el vicio primordial de nuestros tiempos.

Entonces, concluye Berry, las raíces de la crisis ecológica están en nuestras propias tradiciones religiosas. Para él, toda tradición religiosa tiene sus aportes y sus limitaciones; lo que es importante destacar es que cada tradición tiene que ir más allá de sus propias expresiones porque estas tradiciones son procesos. No hay un cristianismo o un budismo o un hinduismo definitivo; solamente se puede identificar un proceso cristiano, un proceso budista, etc. La tradición cristiana se ha concentrado demasiado en la redención, y en un salvador personal con quien debemos relacionarnos íntimamente y en que esta relación debe estar encima de cualquier otra relación. Hemos olvidado que no es Cristo la revelación primaria de lo divino, sino la revelación del universo, la revelación de la tierra. Para Berry, estamos demasiado preocupadas con la personalidad de Jesús, con una iglesia de creyentes, con un afán de llegar a un "paraíso celestial" después de la muerte.

Como el cuerpo humano ha tomado su forma durante 15 mil millones de años, también la estructura de la psique humana y su espiritualidad han ido formándose durante el mismo tiempo, comenzando con la explosión de los primeros átomos que contenían los destinos de todo lo que seguía, incluyendo la formación espiritual de la especie humana.

Finalmente, estamos recuperando una actitud de reverencia hacia la materia de donde hemos nacido, hacia el contexto que nos sostiene. La llamada a nuestra generación es nada menos que a empezar a dibujar, en grandes rasgos, un nuevo contexto espiritual para la edad ecológica. La necesidad más grande de la especie humana en este momento de su evolución es de darnos cuenta que tenemos un relato común de nuestros orígenes. El universo mismo tiene que ser nuestra experiencia primordial de la presencia divina; tenemos que redescubrir que el planeta es la madre de la especie humana y de ella vienen todas las normas de nuestro actuar humano.

Este nuevo relato no está surgiendo de la comunidad religiosa sino del mundo científico. La investigación científica nos revela que el ser humano no es el ser en que el universo es consciente de sí mismo. Estas investigaciones nos muestran que desde su comienzo el universo tenía además de su dimensión física, una dimensión psico-espiritual. Si no fuera así, dicen los científicos, ¿de dónde viene la conciencia humana? No aparece de la nada, sino que forma una parte íntegra del relato del universo - aún más, en la especie humana el universo llega a su más profunda dimensión de sí mismo - la capacidad de conocerse a sí mismo por medio de la inteligencia humana.

El relato del universo es el relato maravilloso del nacimiento de un sistema de galaxias donde cada nuevo nivel de su expresión surge por medio de la necesidad de auto-trascendencia. El hidrógeno, sometido a millones de grados de temperatura, se transforma en helio. Después,



las primeras estrellas se forman como inmensos océanos de fuego en los cielos y pasan por una serie de transformaciones. Algunas finalmente explotan y forman el polvo cósmico de donde se viene formando nuestro sistema solar y eventualmente nuestro planeta. La tierra se expresa a sí misma en sus rocas, en sus estructuras cristalinas, en todo el esplendor y la variedad de sus formas vivientes, hasta que últimamente la especie humana aparece y es en este momento que el universo se da cuenta de sí mismo. La especie humana surge no solamente como un miembro de la tierra, sino también como un miembro del universo entero. Nosotras tenemos el universo dentro de nosotras mismas igual como el universo nos tiene a nosotras dentro de sí mismo. Las dos están completamente presentes a la otra y desde este gran misterio tanto el universo como nosotras hemos nacido.

El sueño de la tierra

Berry distingue entre dos tipos de códigos que tienen los seres humanos: el código cultural y el código genético. Él está convencido que la civilización occidental ha puesto el código cultural en oposición al código genético. De este último vienen nuestras intuiciones, nuestros instintos que están sistemáticamente negados por una sociedad seglar, racional, industrial que está adicta al progreso. Esta sociedad ha establecido la primera sociedad que es totalmente antropocéntrica; así ha roto la ley primordial del universo -- la ley que manda que cada componente del universo esté integrado con todos los otros componentes. Si rompemos esta ley, salimos de nuestro código genético y cambiamos profundamente el funcionamiento de la naturaleza.

Por dos siglos hemos sido "los reyes de la tierra," orgullosos de nuestra inteligencia y astucia que podría inventar tantas maravillas tecnológicas. Nos sentimos capaces de crear una sociedad más justa; teníamos el poder para rehacer el planeta según nuestra voluntad. Habíamos descubierto la llave para escaparnos de la tiranía de la naturaleza; podríamos controlarla, ella era nuestra sirvienta y nosotros estábamos libres para consumir sin límites de su plenitud.

Pero últimamente estamos descubriendo que algo no está bien. Estamos dándonos cuenta que puede venir un desastre a una escala que nunca hemos imaginado -- y la destrucción que previmos es el resultado de nuestra "adicción al progreso". Es un momento sumamente amargo para la especie humana, porque significa que estábamos equivocadas: no somos los dueños de la tierra, no somos "la medida de todas las cosas". Nuestro destino no es uno de progreso infinito hacia una utopía donde la condición humana será vencida, donde la justicia reinará, donde los frutos de la tierra serán alcanzables en abundancia para todas. Nuestras escrituras sagradas, nuestros profetas han promovido un resentimiento profundo contra nuestra



condición humana. Feliz de nosotras, nos han dicho, somos distintos; no pertenecemos a la comunidad de la tierra, nuestro destino está más allá en el cielo. Esta, denuncia Berry, es la patología mas triste que jamás sufrió la especie humana -- y el resultado es que estamos destruyendo nuestro terruño.

¿Cómo salir de esta patología? "Mi sugerencia es que tenemos que ir mucho más allá que cualquier transformación de nuestra cultura contemporánea. Tenemos que regresar al imperativo genético de donde las culturas humanas originalmente han surgido y del cual nunca deberíamos separarnos. Tenemos que re-inventar una cultura humana sustentable retomando nuestros recursos pre-rationales, escuchando a nuestros instintos de nuevo."

Solamente si retornamos a tomar en cuenta nuestro código genético podríamos encontrar la sabiduría para salir de esta crisis. Es este código el que nos da la estructura psíquica y física de nuestro ser. Al fin de cuentas no tenemos ninguna otra fuente de sabiduría que posea tanta autenticidad como nuestras intuiciones, nuestras espontaneidades que habitan dentro de nosotras mismas. En tiempos atrás, estos instintos fueron considerados como la fuente de la ley natural, la norma interior para la conducta humana porque fue nada menos que la fase humana de la misma ley que guía al pájaro para hacer su nido, buscar su comida, descubrir su ruta de migración. Estos instintos vienen de esta fuente misteriosa desde donde nació el universo mismo. Esta espontaneidad como fuerza para guiarnos hacia un futuro más sano es el impulso misterioso que siempre ha estado presente guiando el proceso evolutivo, desde la explosión primordial.

Berry termina su libro hablando del gran consuelo que la tierra tiene por su forma de vida más recién nacida: "En este momento de crisis, no estamos abandonadas. Estamos sostenidas por estos misteriosos poderes del universo que se nos están revelando por medio de las espontaneidades dentro de nosotras mismas. Solamente tenemos que ser más sensibles a nuestra herencia genética, a nuestras intuiciones -- y por medio de ellas, al proceso cósmico más inmenso -- y así redescubriremos nuestro verdadero destino."

Muchísimo para pensar.

Recebido em: 03 dez. 2025.

Aceito em: 01 abr. 2026.